

OBRA POÉTICA DE ESTÉFANO ROBLES AVALOS

OSCURIDAD

(NOVIEMBRE-ENERO)

El crepúsculo concluye su preludio,
pero sus frágiles colores perviven
en las hojas quemadas por el otoño.

Cuando la oscuridad extiende su capa,
una sombra envenenada se posa junto a mí.
Miles de espíritus bogan por el vergel,
liberados por las condiciones propias de lo extraño.

Estoy en el *Nemetón* –*el hogar de los zanates*–,
soy testigo de la celebración de las almas,
pero me resguardan las encinas;
de sus irrompibles ramas surge el muérdago,
de sus raíces brotan los dioses silvestres.

La Tierra festeja el año nuevo,
convocando a los espectros, a su bacanal preferido.
Tengo miedo.
Me concentro en el canto elegíaco de las cornejas
y pronuncio mi oración en silencio;
estoy listo.

FERTILIDAD**(FEBRERO-ABRIL)**

Son las once con cuarenta y siete,
y todas las sombras comienzan a desmoronarse.

Pequeños faunos cargan cornucopias henchidas,
y las flores recién nacidas festejan a su paso.

Destellos fragorosos irrigan todos los rincones de la tierra,
para desvestir cuerpos y formas.

La luz inequívoca de abril lo gobierna todo;
por su perfecta voluntad resucita la jacaranda.

Celebro el nacimiento de los corderos,
y de la luz, su triunfal consecución;
no obstante,
me sorprende al observar
que sobreviven sombras absortas
negándose
a
ser
tocadas
por la luz

FUEGO**(MAYO-JULIO)**

El torbellino detuvo su convulsión junto al río,
y tras su inercia, llegaron hasta mí
millones de imágenes.

En el templo de las zarzas,
más allá de la protección del arroyo,
una hoguera se yergue.

¡Qué secreto es el claro cuando se lo propone!,
cuando reina a su alrededor
la sombra de los pinares.

Ahí estaba,
en un huerto lejano,
buscando los aromas segados por el estío,
donde el silencio hace su madriguera
y la luz escribe sentencias con su tinta de oro.

Más fuego...
¡Fuego!

SIEGA**(AGOSTO-OCTUBRE)**

Me levanté a observar por la ventana del mundo,
la desnudez limpia del naranjal.

Desde el cielo, de borde a borde,
las luces compungidas de octubre iban cayendo,
mojando los tejados;
sobre gatos callejeros y automóviles modelo 98.

Las campanas de las catedrales
repicaban su sonido errabundo,
y de las quinientas torres
escaparon pajarracos con dirección al este.

Me quedé sonriendo mientras la tarde me abandonaba,
acariciándome con su textura de sangre.

Me quedé sonriendo
entre páginas de periódicos que volaban por el barrio,
entre señoritas de faldas breves
y sonrisas enlutadas.